

donde hay la mayoría, allí está el derecho. Por esta razón el Tercer estado da su derecho como indiscutible y como Luís XIV, dice á su vez. «El Estado soy yo.»

Una vez admitido ó impuesto el principio todo ira bien. «Parecía,—dice Marmontel,—testigo ocular, en sus *Memorias*, II, p. 247, que eran hombres de la edad de oro los que iban á gobernar. Aquel pueblo libre, justo y sabio siempre de acuerdo consigo mismo, siempre atinado en la elección de sus ministros, moderado en el uso de su fuerza y de su poder no se extraviaría nunca, no sería nunca engañado, dominado ni sojuzgado por las autorida-

des por él á los mismos confiadas. Su voluntad haría sus leyes y sus leyes harían su felicidad.» La nación va á ser *regenerada*; esta frase se encuentra en todos los escritos y en todas las bocas. En Nan-gis, Arturo Young, según cuenta éste, (I, 222), juzga que esta frase constituye el fondo de la conversación política. El capellán de un regimiento, cura del vecindario, no la suelta de la boca; en cuanto á saber lo que por ella entiende, ya es harina de otro costal. Es imposible averiguar nada en sus explicaciones, «como no sea una perfección teórica de gobierno, dudosa en su punto de partida, aventurada en su desarrollo y quimérica en sus



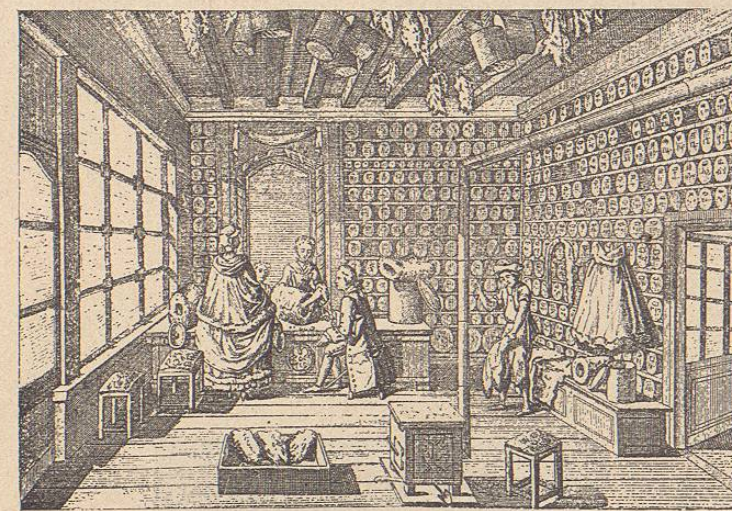
Tienda de modas

finés.» Cuando el inglés les saca el ejemplo de la constitución inglesa; «la desprecian,» sonríen levemente; esta constitución no da suficiente libertad; y sobre todo no está conforme con los *principios*. Y obsérvase que nos hallamos en casa de un grande, en un círculo de hombres ilustrados. En Riom en las asambleas de elección; Malouet, *Memorias*, I, 279, ve «pequeños burgueses, procuradores, abogados sin ninguna instrucción en materia de asuntos públicos, que citan el *Contrato social*, declamando con vehemencia contra la tiranía y proponiendo cada uno de ellos una Constitución.» La mayor parte nada saben, ni son otra cosa que mercaderes tramposos; los más intruidos sólo tienen en política ideas pueriles. En los colegios de la Universidad no se enseña nada de historia, y esto puede verse en de Lavalette, I, 7, en los *Recuerdos manuscritos* de M... y en otros autores. «El nombre de Enrique IV, dice el primero de éstos, no se nos pronunció una sola vez durante mis ocho años de estudios, y á los 17 años todavía ignoraba yo en qué época y de qué manera había ascendido al

trono la familia de Borbón.» Por toda provisión llenan citas latinas como Camilo Desmoulins, y entran en el mundo con la cabeza atestada de «máximas republicanas,» enardecidas con los recuerdos de Roma y Esparta, «penetrados de un profundo desprecio para con los gobiernos monárquicos.» Después en la escuela de derecho, han aprendido un derecho abstracto ó no han aprendido nada. A los cursos de París no asiste ningún oyente; el profesor explica su lección ante copistas que venden sus apuntes. Un estudiante que asistiera y redactara por sí mismo sería mal visto; se le acusaría de quitar á los copistas sus medios de vivir. Por consiguiente, el diploma es nulo; en Bourges se le obtiene en seis meses; si el joven llega á conocer la ley es después, por medio del uso y de la práctica. De las leyes ó instituciones extranjeras no se tiene conocimiento alguno, apenas una noción vaga y confusa. El mismo Malouet, tiene una falsa idea del Parlamento inglés, y muchos, por razón del nombre, se lo figuran con arreglo al Parlamento francés. En cuanto al mecanismo de las constituciones

libres, ó á las condiciones de la libertad efectiva, es cosa sobrado complicada. De veinte años á esta parte, salvo entre las grandes familias de la magistratura, Montesquieu es rancio. ¿Para qué los estudios sobre la Francia antigua? «¿Qué ha resultado de tantas y tan profundas investigaciones? ¿Conjeturas laboriosas y razones para dudar?» Mucho más cómodo es partir de los derechos del hombre, y deducir de ellos las consecuencias. Para esto con la lógica de la escuela basta, y la retórica del colegio dará medio para los períodos. En este gran vacío

de las inteligencias, las palabras indefinidas de libertad, igualdad, soberanía popular, las frases ardientes de Rousseau y de sus sucesores, todos los nuevos axiomas llamean como carbones encendidos y desprende una humareda cálida, un vapor embriagador. La palabra gigantesca y vaga se interpone entre la razón y los objetos; los contornos están revueltos y el vértigo empieza. Nunca perdieron los hombres hasta tal punto el sentido de las cosas reales. Nunca fueron á un tiempo mismo tan ciegos y tan quiméricos. Nunca su turbada vista les



Tienda de pelletería

aseguró tanto contra el peligro verdadero, ni les alarmó en tan alto grado respecto del peligro imaginario. Los extranjeros de sangre fría que asisten á ese espectáculo, Mallet-Dupan, Dumont de Ginebra, Arturo Young; Jefferson, el gobernador Morris, escriben que los franceses tienen el cerebro desordenado. En este delirio universal, Morris no puede citar á Washington más que una cabeza sana, Marmontel, y Marmontel habla del mismo modo que Morris. En los clubs preparatorios y en las asambleas de electores es el único que se levanta contra las proposiciones irracionales. En torno suyo no hay más que cabezas calientes, exaltadas á propósito de nada hasta la ridiculez. En todos los usos del régimen establecido, en toda disposición administrativa «en los reglamentos de policía, en los edictos sobre hacienda, en las autoridades graduales en que descansan el orden y la tranquilidad públicas, no había cosa en que no se hallara un carácter tiránico. Tratábase de la muralla y de las barreras de París que se denunciaban como una cerca de bestias fieras sobrado injuriosa para hombres. «Yo

he visto, dice uno de los oradores, yo he visto en la barrera de San Víctor, sobre una de las columnas de piedra, ¿lo creéis? he visto la enorme cabeza de un león, abierta la boca y vomitando cadenas con que amenaza á los transeuntes, ¿puede imaginarse más horroroso emblema de despotismo y servidumbre?» «El mismo orador imitaba el rugido del león, el auditorio estaba estremecido, y yo, que pasaba tantas veces por la barrera de San Víctor, sorprendíame de que esta horrible imagen no me hubiese llamado la atención. Aquel día me fijé particularmente en ella y sobre la columna ví, como adorno, un escudo suspendido de una delgada cadena que el escultor había colgado á un pequeño hocico del león, como se ve en las aldabas de algunas puertas, ó en las espitas de las puertas.» Sensaciones perversas, concepciones delirantes, esos serían para un médico síntomas de enagenación mental; ¡y aún no estamos sino en los primeros meses de 1789! En cabezas tan excitables y tan sobrecitadas, la magia soberana de las palabras va á crear fantasmas, odiosos unos, como las del aristócrata y el tirano, adorables



otras, como las del amigo del pueblo y del patriota incorruptible, figuras desmesuradas y forjadas por el sueño, pero que tomarán el puesto de las figuras reales y á las que el alucinado va á colmar de homenajes ó á perseguir con sus furores.

## V

Así descende y se propaga la filosofía del siglo XVIII. En el primer piso de la casa, en los buenos aposentos dorados, las ideas no fueron más que alumbrados de baile, petardos de salón, recreadores fuegos de bengala; se jugó con ellos, se les lanzó por la ventana riendo. Recogidos en el entre-suelo y el piso bajo, llevados á las tiendas, á los almacenes y á los despachos hallaron en ellos mate-

rias combustibles, montones de leña acumulados de largo tiempo y hé aquí que se encienden grandes hogueras. Hasta parece que haya como un principio de incendio, porque las chimeneas rujen rudamente y un rojo resplandor fulgura á través de los cristales. «No, dice la gente de arriba; ellos se guardarían de pegar fuego á la casa, viven en ella lo mismo que nosotros. Esos son fuegos de paja ó á lo más, fuegos de chimenea; pero con un cántaro de agua fría se extinguen; y por otra parte, esos pequeños accidentes limpian las chimeneas, hacen caer el antiguo hollín.»

Guardaos: en los sótanos de la casa bajo las vastas y profundas bóvedas que la sostienen, hay un depósito de pólvora.



Boticario lugareño



## LIBRO V

## EL PUEBLO

## CAPITULO PRIMERO

La miseria.—En tiempo de Luís XIV.—En tiempo de Luís XV.—En tiempo de Luís XVI.—Condición del labrador durante los treinta últimos años del antiguo régimen.—Cuán precaria es su subsistencia.—Estado de la agricultura.—Tierras incultas.—Mal cultivo.—Salarios insuficientes.—Falta de bienestar.—Aspecto de la campiña y del labrador.—Como el labrador se convierte en propietario.—No lo es con mayor desahogo.—Aumento de sus cargas.—En el antiguo régimen es el «mulo de carga.»

## I



LA Bruyère escribía exactamente un siglo antes de 1789. «Se ven ciertos animales feroces, machos y hembras diseminadas por la campiña, morenos, lívidos y tostados por el sol, adheridos á la tierra que cavan y remueven con una obstinación invencible. Tienen á manera de una voz articulada y cuando se ponen en pié, muestran una faz humana; y, en efecto, son hombres. Retíranse por la noche á sus guaridas, donde viven de pan negro, agua y raíces. Ahorran á los demás hombres el trabajo de sembrar, labrar y recoger para vivir y por ello merecen que no les falte ese pan que sembraron.» Carecen de él no obstante, durante los siguientes veinticinco años, y mueren á bandadas; calculo que en 1675 había perecido cerca de una tercera parte, ó sean seis millones, de miseria y de hambre (1). Así, por lo que respecta al

(1) La opresión y la miseria empiezan hacia 1672. Al fin del siglo XVII las memorias redactadas por los intendentes para el duque de Borgoña, dicen que muchos distritos y provincias perdieron el sexto, el quinto, el cuarto, el tercero y hasta la mitad de su población. (Véase para los detalles la *Correspondencia de los interventores generales*, de 1683 á 1798, publicada por M. de Boislielle). Luégo, según las memorias de los intendentes. (Vauban

primer cuarto del siglo que precede á la Revolución, la pintura en vez de ser harto viva, es por el contrario sobrado pálida, y vamos á ver que durante medio siglo y hasta más, hasta la muerte de Luís XV, continúa siendo exacta, y aún tal vez en lugar de atenuarla sería menester recargarla de color.

En 1725, dice Saint-Simon, «en medio de las profusiones de Strasburgo y de Chantilly, se vive en Normandía de las yerbas del campo. El primer rey de Europa no puede ser un gran rey, sino á condición de serlo de indigentes de todas clases y de que su reino se convierta en un vasto hospital de agonizantes á quienes se les quita todo en plena

*Diccionario real*, cap. VII, párrafo 2), la población de Francia en 1698 era todavía de 19.094.146 habitantes. De 1698 á 1715 va siempre disminuyendo. Según Forbonnais, en tiempo del Regente, ya no había en Francia más que de 16 á 17 millones de habitantes. A partir de esta época, la población ya no disminuye, pero durante cuarenta años apenas aumenta. En 1753 (Voltaire. Dic. fil., artículo población), el censo de familias da 3.550.499 hogares y además 700.000 almas en París, lo que forma de 16 á 17 millones de habitantes, si se cuentan 4 y 1/2 personas por hogar, y de 18 á 19 millones si calculan en 5.